RAMON DE BASTERRA

Por GUILLERMO DIAZ-PLAJA,
de la Real Academia Española

La frondosa personalidad de Ramón de Basterra no cabe en espacio pequeño (1).

Nacido en Bilbao en 1888, Ramón de Basterra fue, de profesión, diplomático. Sus tres sucesivos puestos de servicio en el Exterior —Roma, Bucarest, Caracas— le sirvieron para configurar un concepto político de enorme amplitud: el de la Sobrespaña. Sentía —y entonces no era ésta una fórmula habitual— la dimensión de lo hispánico en un sentido ecuménico y con un contenido definido por la Nobleza y la Catolicidad. La Misión de España era, pues, trascendente en la Historia universal.

Basterra no ha tenido suerte. Vivió lejos —diplomático en Roma, Bucarest y Caracas— sin romper nunca del todo su cordón umbilical que le ligaba a sus «vallecitos de merienda» en la húmeda y tierna tierra vascongada. La estancia que pudo ser decisiva para su fama transcurrió brevemente —años 1926-1927— y en un período de graves intermitencias en su lucidez mental, que habían de conducirle al desastre de la locura y de la muerte. Demasiado local por un lado, demasiado cosmopolita por otro, Basterra padeció de su terrible circunstancia biológica y profesional.

Una vez muerto (1928), pesó el olvido sobre su tumba. Sólo Bilbao (1935) se honró a sí mismo honrándole en estatua. Durante nuestra guerra su nombre adquirió especiales resonancias proféticas y simbólicas, al observarse ciertas correlaciones en las ideas de Imperio, Romanidad o Catoli-

---

(1) Apuntar solamente el esquema de sus actitudes mentales llenó fervorosas páginas de un libro mío publicado hace treinta años: «La poesía y el pensamiento de Ramón de Basterra», Barcelona, Edit. Juventud, 1941.

cidad, puestas de nuevo en uso. Pero su nombre no alcanzó el nivel premonitorio con que se adornaron los nombres de Vázquez de Mella o de Maeztu, a pesar de que Basterra llevaba en sus cartucheras hasta munición para las salvas que entonces se estilaban.

Para Basterra el pasado europeo era, en la Edad Moderna, una prolongada y patética batalla. En su condición de vizcaíno ganado por Roma, comprendía el valor inmenso de esta actitud, por la que se sentía incorporado a lo ecuménico, a lo universal. Una vez, paseando por el Foro Romano, comprendió súbita y emocionadamente que estaba pisando las raíces de su propia arquitectura intelectual y que de aquellas piedras ilustres habían salido las legiones que habían convertido su agreste comarca en una **provincia** regada por el habla latina y el pensamiento armonioso de los clásicos. Fue entonces cuando prorrumpió en aquellos versos bellísimos que figuran en su poema «El vizcaíno en el Foro Romano»:

«Cuando el Foro Romano fue armonía
aquí se irguió un alcázar, allá un templo,
y entre columnas, rotas hoy, movía
la Ciudad, su alma de alto ejemplo;
en el remate de una vía
que de aquí salía, seguía, seguía, subía
y entraba en mi comarca montañera,
la sangre que aquí traigo como aceite votivo
fluía en la tiniebla de la noche primera...

Entre escombros, hoy, redento vivo.»

Pero esta incorporación del rincón nativo a la **Ecumene** tiene, para Basterra, un signo de mayor trascendencia, en la medida que en el Pirineo nativo se astilla y se yergue la gran defensa de lo católico simbolizado por la figura del pirenaico Loyola. Así, la cordillera adquiere su símbolo supremo frente al Norte mojado y protestante, que alegoriza la Wartburg, la selva germánica donde prolifera la rebeldía intelectual de Martín Lutero.

«Un asceta
sonó la voz de Cristo con mística trompeta
y el Pirineo, contra Sajonia y su Castillo
de la Wartburg, que se alza con Lutero el caudillo
de las almas rebeldes, se aprestó con Loyola
a defender el viejo Lacio con fe española,
y a tomar en el mundo la causa de los montes
en Italia, de los Alpes, festones de horizontes
y del otero sumo en cuyos Apeninos
el Vaticano absorbe soles grecolatinos.»

Pero no sólo frente a Europa tiene el Pirineo una misión que cumplir. Dentro de la dinámica de nuestra historia, se le asigna una función directora, energética, creadora. Basterra cree que la sección nórdica de España, con su **saber de provecho,** debe completa la Castilla mística, con su **saber de salvación:**

«En todo el Pirineo hay un ánimo, un pulso, un semblante,
el afán pirenaico es acometer la vida hacia adelante.
Por todos nuestros aires en que parecen las bolas del añil disueltas,
Catalanes, navarros, vascos, castellanos y celtas,
hay misión para todas las razas que el Pirineo hermana,
es prolongar el ritmo de Occidente su vigilancia humana
hacia el sur en que el Africa esparce su adormidera.
¡Desciende al Mediodía tu ímpetu, cordillera!»

Una restauración de la obra de Basterra en 1969 debería tomar un signo distinto, con mayor voluntad de permanencia. Este signo debería ser preferentemente culturalista; casi diría pedagógico. Más aún: yo le daría el aire de urgencia de una cruzada sociológica.

Maestro en el sentido inmediato, heroico, cotidiano y normal de la palabra, Basterra sufría —unamunescamente— de la dolencia de España, recostada en la rutina de la elementalidad, del regüeldo aldeano y el casticismo bravío. Su «anhelo de perfección» iba del Diccionario (que, como radical vizcaíno, «apacentaba» con doloroso esfuerzo) a las «buenas maneras» del comportamiento social. Conmueve contemplarlo una y otra vez, como sus antepasados los «caballeritos de Azcoitia», en esta voluntad de mejoramiento que le llevaba a pronunciar por las calles bilbaínas aquellos famosos «paseos hablados», verdadero «cabildo abierto» en que se derramaba su ingenio y su saber sobre los atónitos caminantes.

Pertenecía, pues, a la raza heroica de los educadores, a la minoría combatiente por un «bien común» cultural, que hay que entregar con ritmo incesante, infatigablemente.

De este modo, Basterra no queda vinculado a grupo histórico alguno, sino al ideal partido político capaz de encuadrar, por modo armónico, todas las fórmulas conducentes a una integración cultural.

Caracteriza, pues, la obra de Ramón de Basterra una constante simbiosis entre poesía y pensamiento. Su obra lírica, en efecto, iniciada en 1923 con «La sencillez de los seres» y «Las ubres luminosas», ofrece un retablo idílico del paisaje campesino, al modo de las «geórgicas cristianas» de Francis Jammes: es la emoción de lo primitivo y de lo virginal aprendida en los valles nativos, que se pueblan de las viejas, inmemoriales mitologías euskaldunas en su libro lírico subsiguiente: «Los labios del monte» (1924), en el que ya se configura, como acabamos de ver, el Pirineo como una fuente de energía histórica. Esta concepción mitológica toma un giro pro-

fundamente original en sus dos libros «Vírulo, Mocedades» (1924) y «Vírulo, mediodía» (1927), en el que el protagonista, el «Hombrecillo», simboliza el orden aposentado en la tradición romana y occidental. Al morir Ramón de Basterra, dejó inédito un libro de poemas, «Llama romance», que publico este año bajo los auspicios de la Junta de Cultura de la Diputación de Vizcaya.

Paralelamente a esta evolución de su obra poética, tenemos su producción publicada en prosa, centrada en dos importantes libros: «La obra de Trajano» (Madrid, Calpe, 1921), hoy totalmente agotada, que desarrolla su tesis sobre la voluntad culturalista de España, simbolizada en la Antigüedad por el emperador andaluz Trajano, que llevó hasta Rumania los límites del Imperio de Roma; y por el todavía más importante libro «Los navíos de la Ilustración», publicado en Caracas en 1925, en el que completa su pensamiento político-cultural, analizando el magnífico episodio de la colonización cultural de Venezuela por obra de la Compañía Guipuzcoana de Navegación, que, al socaire del negocio del cacao, inundó la Capitanía General de Tierra Firme de libros «ilustrados», lo que explica que el foco inicial de la independencia americana, con Bolívar, se produjera en aquel territorio (2).

Finalmente, mi misión honrosa de testamentario intelectual de Ramón de Basterra (3) se acrece con el presente volumen. Se contienen en él una serie de trabajos en prosa, que siguen, en el terreno ensayístico, la misma curva evolutiva de su obra lírica y de sus dos volúmenes impresos de prosa. Es decir, partiendo de la conciencia entrañable del rincón nativo —el paisaje vizcaíno y la ciudad de Bilbao— proceder, por círculos concéntricos, hasta alcanzar los grandes temas ecuménicos y universales.

Al patrocinar esta edición, la Dirección General de Relaciones Culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores de España realiza un noble acto justiciero en homenaje del gran diplomático, pensador y poeta que fue Ramón de Basterra.

Madrid, abril de 1969.

---

(2) «Los navíos de la Ilustración» se ha reeditado este año por el Instituto de Cultura Hispánica, con una introducción del autor de estas líneas.

(3) Cuando en 1941 me trasladé a Bilbao para estudiar la obra del gran escritor vascongado, sus más próximos parientes, don Ramón y doña Carmen de Basterra, pusieron bajo mi custodia una serie de papeles inéditos y dispersos que reiteradamente ofrecí a distintas instituciones vascongadas para su publicación. En el año de 1969 he tenido la enorme satisfacción de obtener su edición, en la forma que indico, con lo que los originales que he conservado durante tantos años pasarán, para su custodia, a la Junta de Cultura de Vizcaya, de acuerdo con los deseos de los herederos del gran escritor.